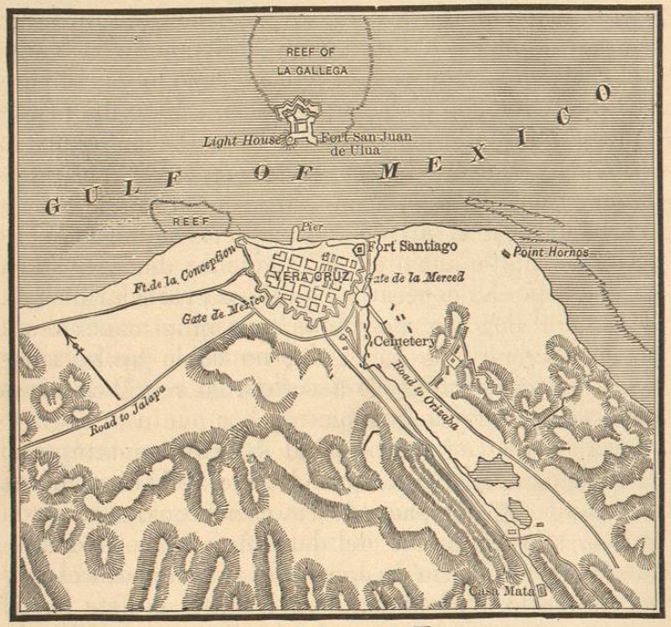
El comandante en Vera Cruz resolvió prevenirse contra cualquier accidente manteniendo constantemente tres botes armados al rededor del vapor. Diaz á pesar de eso logró ponerse en inteligencia con sus amigos, y se dieron pasos para promover su evasion. Despues que las tropas desembarcaron consiguió un traje de marinero de los que usan los de la bahía, y se unió á un grupo de trabajadores en una barca que iba á salir para el muelle. Viendo allí mucha gente



PLAN DE VERACRUZ Y ULÚA.

reunida ocultóse debajo de la cubierta hasta que se le presentara un momento favorable.

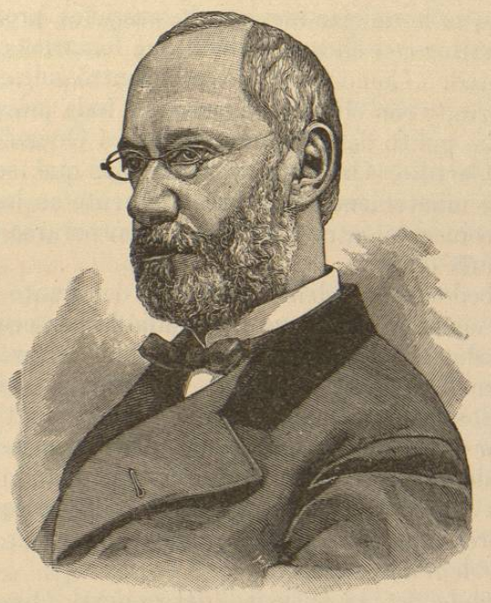
Un hombre con dos caballos le esperaba no muy léjos, y con estos llegó á Boca del Rio, distante cosa de cuatro leguas. Miéntras desmontaba para arreglar la continuacion del viaje, un destacamento de tropas entraba al lugar, y al salir del meson se tropezó

con el coronel Escobar á quien conocia muy bien. Instintivamente se llevó la mano á la cara, al volver el coronel la vista hácia él. Á no haber sido por esto ese jefe no habría dejado, cuando ménos, de notar una semejanza que le hubiera inspirado sospechas. Así como así, solamente vió un hombre vestido de marinero, y siguió su camino. El hombre con los caballos huyó asustado, y Diaz se dirigió al rio y él mismo remó en la embarcacion para pasar al otro lado. Despues de una noche espantosa que pasó acostado en el suelo húmedo, expuesto á la lluvia, consiguió un caballo, y se apresuró á llegar á la hacienda de su amigo Lara. Conociendo bien el terreno, hizo un corte para salvar el rodeo por el camino real. Esto fué providencial, porque los soldados lerdistas habian ocupado el lugar, y al acercarse por detrás de la casa, el brillo de las armas y los uniformes lo hicieron precaverse, y arrimándose á la arboleda que cubria aquel lado, se retiró precipitadamente. El siguiente dia ya estaba en el campo del general Vela que era partidario suyo. El general llegó en momentos nada propicios. Era á principios de Junio. El gobierno habia hecho todos los esfuerzos posibles para sofocar la revolucion, valiéndose de la ley marcial en muchos puntos, y logrando buen éxito en varios estados, notablemente en el de Michoacan. En el sur Alatorre, el hábil teniente de Diaz en su campaña de 1867, habia arrollado casi todo lo que se le puso por delante. Despues del encuentro sanguinario de Jazmin en Febrero, en el cual las fuerzas contrarias perdieron, segun se dice, 1,500 hombres, ganó una importante batalla cerca de Yanhuitlan y derrotó en encuentros posteriores á las columnas de Hernandez, Teran, y Couttolenne. El general en jefe trató de contrarestar la desanimacion consiguiente, anunciando su llegada á encargarse de la campaña, mandando agentes á sostener el movimiento en otros puntos, y preparando armamento para la marcha que se proponia hacer al centro del país. Luego pasó á las montañas y llamó á sus antiguos

soldados á alistarse bajo su victorioso estandarte. El llamamiento dió por resultado unírsele mas de 2,000 hombres provistos de sus propias armas de fuego. Continuó hasta fines de Setiembre trabajando en disciplinar su gente, preparar municiones, y reunir fondos, y al siguiente mes salió de Oajaca á la cabeza de 4,000 hombres con 14 obuses rayados.

Estos preparativos los habia estado haciendo sin ser comparativamente inquietado, merced á la actividad de los porfiristas en varios estados, á impulsos de los agentes de Diaz, que distraian la atencion de los generales lerdistas, y al llamamiento que se habia hecho á estos para apoyar las maquinaciones que se seguian practicando con el fin de reelegir al presidente. Esto se hizo tan á las claras que una gran parte de los votantes se abstuvieron de acercarse á las urnas. Para mejor promover sus miras, Lerdo efectuó un cambio de gabinete, con lo que logró que una comision electoral favorable en Octubre 26 le declarase el candidato favorecido por el sufragio popular. Anticipando este resultado el jefe de la suprema corte, Iglesias, salió de la capital para Guanajuato, en cuyo poderoso gobernador y legislatura halló sostenedores para reclamar la presidencia provisional hasta que pudiesen efectuarse las elecciones legales. En un manifiesto formal desde Salamanca declaró que la última eleccion habia sido fraudulenta, y llamó á la nacion á rodearle en defensa de sus derechos; sin embargo, dejó de recusar á los empleados electos por los mismos medios viciosos, y de definir el término de la nueva eleccion, quedando expuesto á la imputacion, por mas infundada que fuese, de que contaba con ciertos elementos corrompidos, y aspiraba á una prolongada dictadura. Formó su gabinete y un plan administrativo, y con las fuerzas reunidas por sus adictos, tales como los generales Rocha y Berriozábal, hizo su entrada triunfal en Guanajuato como presidente.

Mucha parte de esa fuerza era debida naturalmente al plan de Diaz en Palo Blanco, que reconocia su derecho á la administracion provisional. En las negociaciones que se iniciaron entre los dos Diaz le prometió su apoyo, pero insistiendo naturalmente en su aceptacion de ese plan, y en que su ministerio saliera de las filas revolucionarias, como garantía de la observancia de sus compromisos; aunque al fin accedió á que la mitad del ministerio fuese de partidarios de Iglesias. Esto tal vez lo consideró este último como señal de debilidad. Lo cierto es que se hizo mas exi-



José María Iglesias.

gente, y contando con un arreglo probable con ciertos generales lerdistas, declaró serle imposible aceptar ningun plan revolucionario.

Por ese tiempo Alatorre habia pasado de Puebla á Oajaca á tomar pasos mas activos; pero al acercarse Diaz se retiró mas allá de Teotitlan á Tehuacan y hácia Puebla, no atreviéndose á hacer frente á un jefe cuyo prestijio habia ido en aumento, desde que militó

á sus órdenes en la campaña imperialista. La demora en Oajaca y las fatigas de la actual marcha habian puesto á una prueba severa la paciencia de las tropas de Diaz, agregándose á eso otras razones que hicieron á la mayor parte de los indios caprichosos negarse á salir de los límites de su territorio para que los llevaran tal vez á largas campañas. Sus compromisos con el general Diaz no habian sido de tal suerte que los obligase á continuar á su servicio; y en vista de la precaucion de sus contrarios y de las probabilidades de que se le unirían algunos de sus jefes, prefirió contemporizar con ellos, mas bien que forzarlos contra su voluntad. Como resultado se encontró solo con 1,300 hombres, y con ellos se propuso ir á toda prisa á Huamantla, punto de reunion designado á Gonzalez, Mendez, Carrillo, Cravioto, y Figueroa, que se habian estado manteniendo algo precariamente en las montañas vecinas, miéntras llegaban á incorporarse para una campaña decisiva.

Sabedor del desbandamiento y del punto objetivo de su enemigo, Alatorre emprendió la persecucion con una columna reforzada y formidable, alcanzándole en Tecoac el 15 de Noviembre. Estorbado por la artillería y los malos caminos, Diaz apénas tuvo tiempo de ocupar una pequeña elevacion, miéntras su adversario formaba sobre una altura adyacente confiando de antemano en que triunfaría el siguiente dia, porque 3,000 hombres mas de tropa le seguian para hacer la victoria doblemente segura.

Grande fué la ansiedad del general Diaz, porque ninguno de sus aliados habia llegado. No podia continuar su marcha, por el peligro casi seguro de perder su artillería y de que se le desbandara en fuga su pequeña fuerza. No le quedaba mas remedio que fortificar su posicion y esperar el resultado. La noche se pasó en preparativos de defensa. Con toda la confianza que tenian en su jefe, quien tantas veces los habia sacado de graves apuros con su valor y pericia, las tropas no podian ménos de desesperar del éxito, y

habiendo pasado la media noche sin recibir noticias favorables, se aumentó el pavor con los sombras que se hacian mas profundas. Entónces pasaron los oficiales recomendando silencio, y al estar aun pensando los soldados lo que sería, se esparció el murmullo de que Mendez con otros dos generales se acercaban; pero Gonzalez con la columna principal estaba todavía ausente, y la fuerza era tanto menor que la del enemigo, que no permitia hacer demostraciones agresivas, especialmente cuando la de aquél consistia de veteranos, si se les comparaba con los recien incorporados porfiristas. Los recien llegados sin embargo venian muy oportunamente.

Ignorando que hubiesen llegado refuerzos al enemigo, Alatorre resolvió dar un golpe ántes de que viniesen. Á la siguiente mañana, despues de un fuego de cañon preliminar, ordenó un ataque con fuerzas imponentes á las órdenes de Yepes, sostenido por ámbos lados por Villagrana y Topete, como para barrer de un golpe los supuestos 1,000 hombres. Diaz reservó su fuego hasta que se aproximaran, y entónces de las baterías y los mosquetes lanzó una descarga destructora que hizo girar á las filas del frente, pero solo por un momento. Avanzan siempre impelidos por su propio peso, lanzándose para arriba de la altura. El estallido de otra descarga, una bocanada de aire abrasador en medio del fuego graneado de la fusilería contraria, sirve solo para desviar el curso del torrente que ahora deja ver el brillo de sus bayonetas. La desviacion probablemente es intencional contra las mas débiles líneas de la derecha, porque la columna mas fuerte se arroja sobre ellas. El choque fué terrible, tanto por la extension como por el empuje de las fuerzas que dieron el ataque.

El ala cede. Si se rompe, es perdida la jornada, porque entónces se hacen firmes los enemigos para rechazar el centro que hasta allí se mantiene impávido ante el ataque. Diaz habia previsto el peligro en el punto amenazado y viene una reserva á tiempo para

sostenerlo. Entónces con un grito de animacion las fuerzas combinadas se vuelven sobre el enemigo y lo lanzan por la ladera abajo en desórden. El centro sigue la ventaja, y las columnas de ataque se retiran.

El gozo de Alatorre se cambia en sorpresa. Estando evidentemente mas fuerte el adversario de lo que se esperaba, decidió no arriesgarse á ser rechazado otra vez, sino esperar el refuerzo de los 3,000 hombres, que no podian estar léjos. Con su ayuda los puntos débiles que ya se le habian revelado serían tomados. Entretanto, abrió un fuego de cañon para distraer la atencion del enemigo, y en parte para cubrir sus propios movimientos y mejorar su posicion.

Sabiendo por los prisioneros de los refuerzos que esperaban, renovóse la ansiedad de Diaz. El sabia tan bien como el mismo Alatorre que otro asalto con mayores números apénas podria fallar; sin embargo, no estaba en su mano adoptar mayores precauciones, por no ser fácil cambiar la situacion relativa. Afortunadamente, su gente ignoraba el peligro, y alentada por la satisfaccion de haber rechazado á los lerdistas, manifestaba confianza. Esta impresion se le mantenia viva, asegurándole de la aproximacion de Gonzalez, á la que seguiría un triunfo seguro—palabras que llegaban en tono burlon á los oidos de los que adivinaban la verdad.

Por varias horas ruge el estruendo de la artillería envolviendo al campo en nubes rizadas, de entre las cuales el fuego se deja ver en forma de relámpagos, ó se lanza en lenguas candentes de llamas seguido de ecos retumbantes.

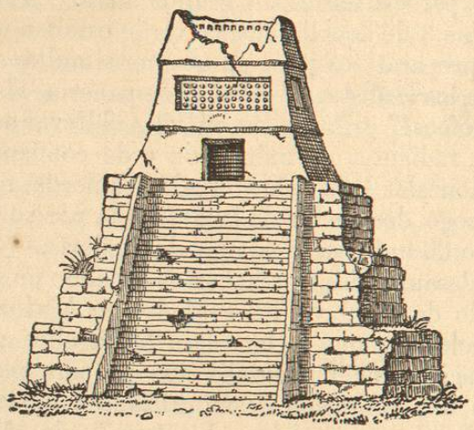
Ya son mas de las dos. Una ligera corriente rodea á la cadena de cerros, levantando el velo de humo por el oeste, y revelando á los combatientes que están en observacion un cuerpo oscuro moviéndose al través del paso, marcado por el brillo de las armas. Mis refuerzos! grita Alatorre. Y ahora siguió una tregua ominosa, miéntras todos se preparaban para la lucha decisiva.

El corazon de Diaz latia entre la esperanza y el temor, porque él sabia de las dos columnas que se esperaban, y sin embargo no podia saber cual de ellas era esta. Se hallaba evidentemente estorbado por la artillería, pues era preciso arrastrarla por los caminos malos y esto se hacia con lentitud penosa. Penosa á la verdad! porque los minutos se convertian en horas en aquella ansiedad, pues la suerte de hombres y partidos—la de la nacion misma—dependia de aquella columna. El general habia despachado su ayudante para asegurarse de los hechos y trasmitir instrucciones, siguiéndole con el anteojo con ansiedad nerviosa, al tiempo que la tropa en derredor suyo tenia la vista fija en su semblante para disipar la duda, tal vez para leer la suerte que les estaba deparada, porque ya se traslucia la sospecha de algun peligro oculto

De pronto el general en jefe se vuelve diciendo con el rostro radiante de alegría, "amigos mios, la victoria es segura; ahí viene Gonzalez." Y los ansiosos pechos respondieron con un viva medio comprimido y un suspiro que parecia darles un grande alivio. Poco despues de las 3 de aquella misma tarde estaban concluidos los preparativos para un ataque simultáneo, esta vez sobre los lerdistas. "Ahora compañeros, al triunfo y á los trofeos!" gritaron sus oficiales al llevar su gente adelante, radiantes de animacion y de confianza. Á la vez Gonzalez caia sobre el ala izquierda, cubierto por el fuego destructor de la artillería por su lado, y precedido de una viva descarga de fusilería.

Algo desanimados, por haberlos repelido un supuesto puñado de hombres, los soldados de Alatorre vieron las columnas que se lanzaban hácia ellos con una consternacion que aumentaba sus proporciones ocasionando una sensacion desmoralizadora en las filas. Siendo buena su posicion, las tropas de Alatorre recibieron el golpe con bastante firmeza, abriendo anchas brechas en las filas que avanzaban, y aun obligándolas á detenerse y á arrollarse ante la fuerza de sus ataques. Pero Gonzalez, aunque herido, se man-

tuvo firme y mandaba gente á sostener su ataque, reuniéndola para otra carga, á la vez que Diaz en persona traia la reserva. Su ojo perspicaz habia notado un punto débil, y ahora con la influencia animadora de su presencia y por su hábil direccion la marea cambió de curso. Las líneas contrarias quedaron rotas, y en un instante mas todo fué confusion y fuga, persecucion y matanza. Pronto el grueso del ejército de Lerdo se vió convertido en 3,000 prisioneros, estando sus bagajes y artillería tambien en poder de los vencedores. El resto de la fuerza lerdista se habia desparramado en distintas direcciones, Alatorre á la cabeza de la caballería. Esta victoria brillante costó á los porfiristas 1,513 hombres, entre muertos y heridos; las bajas del ejército contrario se hacen subir á 2,700.



CAPÍTULO XXIII.

DIAZ COMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

1876-1880.

MARCHA Á LA CAPITAL—RUMORES Y REFUERZOS—FUGA DE LERDO—OCUPACION DE PUEBLA Y LA CIUDAD DE MÉJICO—POSESION DEL PODER EJECUTIVO—TRES PRESIDENTES—ACTITUD DE IGLESIAS—SU PARTIDA Y SUBSECUENTE VUELTA Y RETIRO—INAUGURACION POR DIAZ DE MEDIDAS HÁBILES Y LIBERALES—POLÍTICA Y PROCEDIMIENTOS DE SU GOBIERNO—AUMENTO DE INGRESOS—ADELANTO DE LA EDUCACION Y DEL BIEN GENERAL—INMIGRACION Y MEJORAS—RELACIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS—MUERTE DE DOÑA DELFINA—DUELO DE UNA NACION—RETIRO DEL PRESIDENTE DIAZ.

La cuestion que ahora preocupó á los oficiales porfiristas fué lo que se debia hacer en seguida. Muchos opinaban por la marcha contra Puebla, por ser la plaza fuerte mas cercana y formidable á la vez que el depósito militar del gobierno. Otros rechazaban el proyecto como empresa llena de peligros, recomendando la retirada á las fronteras mas resguardadas y amigables de Veracruz, á buscar allí parque para el armamento Remington de los 3,000 prisioneros incorporados, ó cambiarlo por algo que les fuera mas útil. Diaz cortó la discusion declarando con su prontitud característica que era conveniente aprovechar las ventajas adquiridas marchando directamente sobre la capital, como el asiento de la autoridad directiva, y esto ántes de que el enemigo tuviese tiempo para volver en sí y prepararse para la defensa. Este último no podia saber que la mitad de las armas de fuego eran inútiles, con tal que las demás se empleasen con buen efecto, suplementándolas con el imponente aparato del número.